

### 38. Más espasmos

León XII no sólo le dio plena razón al Santo, además proclamando en 1825 el Año Santo y aceptando casi la totalidad de sus propuestas sobre el proyecto que le presentó, puso mano a la Reforma. En 1826, con su propia Bula, reconoció oficialmente el título de "Congregación de los Misioneros de la Preciosísima Sangre" a la Fundación de Gaspar. Luego volvió a abrir la jaula y Gaspar pudo reanudar con total libertad el vuelo, con el corazón inflamado por el ideal que lo dominaba.

¿Un triunfo completo? Sí, pero de corta duración.

El 15 de febrero de 1829 murió León XII y fue elegido el cardenal Castiglioni, quien asumió el nombre de Pío VIII. Sin pensarlo ni un minuto, los enemigos prepararon sus armas, decididos a abatir definitivamente el Santo que juzgaban importuno. En la mesa del nuevo Papa se iban amontonando muy pronto cartas con acusaciones muy notas. Pío VIII, impresionado, quitó todos los Subsidios para las casas de Misión y, un día que vio a Gaspar entre los fieles que fueron a la audiencia pública, empezó a reprenderlo fuertemente en la presencia de todos. - *“¿Usted es el fundador de los Misioneros de Preciosísima Sangre?”*

- *¿El Instituto, Santidad, lo quiso su predecesor Pío VII!*

- *¿Tiene Usted el rescripto de nuestros predecesores?*

Gaspar, que había ido a la Audiencia General como cualquier fiel y por lo tanto no esperaba esa solicitud, no traía documento alguno. Se quedó entredicho, incluso por el sistema poco gentil del Papa, el cual, sin darle ni siquiera tiempo para responder, continuó: - *¿Su Instituto fue fundado en la soberbia!* - y, como dice la crónica, golpeado por el mal humor debido a una enfermedad que tanto lo molestaba, continuó a levantar la voz con más fuerza haciéndole un buen reproche. Al final sacó al Santo gritando: *“Siempre ha obrado de iniciativa propia! Váyase y sepa que le quito todas las facultades, así aprenderá por sí solo”.*

Si un rayo le había caído encima a Gaspar, no le habría hecho más tremenda impresión.





El cuerpo enfermo y los nervios sacudidos le procuraron un fuerte colapso, y estuvo a punto de caer al suelo desmayado. Evocando a sí todos los motivos de religión, abandonó el Salón de las Audiencias titubeando y pálido en el rostro. Llegado bajo las columnas vaticanas se sintió morir y fue obligado a apoyarse en una de ellas. No faltó el chiste infernal de quién, burlesco, había visto la escena y lo había seguido: “¡He aquí el famoso Padre General de los Misioneros de la Preciosísima Sangre... que se regresa a su casa con la cola entre las piernas, como un perro maltratado! Él no reacciona, sabe que en todo está el designio de Dios, ni concibe rencor alguno en contra del Papa. A los suyos que, al regresar a la casa, lo ven “como un trapo” y entienden que el Papa lo ha mal acogido, dice, excusándolo: *“No es culpa suya, está enfermo y después le han representado cosas contrarias al instituto”*”.

Como en todos los momentos, corre hacia el incomparable amigo Cristaldi, depone en su corazón toda la amargura que brota en el ánimo y lo ruega para que intervenga. El Cristaldi lo calma, lo hace subir en su carruaje y lo acompaña a visitar a los varios cardenales amigos para decidir sobre el quehacer. Llegado el momento oportuno es el cardenal Odescalchi a hablar al Papa del celo, de la humildad, la santidad y sumisión de Gaspar. Pio VIII muestra al Odescalchi un enorme bulto de expuestos y dice: “*¡Vea cuantos argumentos tengo yo para hablar!*”. El cardenal continuo en la defensa, hace el recuento de antecedentes similares y de la malignidad y de los motivos por los cuales Gaspar es perseguido. Pone en relieve como esos recursos sean anónimos o con falsas firmas, o firmados con nombres de personas que no están al tanto de lo que ocurre, como por ejemplo las comunidades de los Ligorinos de Frosinone, que cuando supieron de una carta difamatoria con sus firmas, quedaron asombrados. Finalmente el cardenal mostró al papa el rescrito de Pio VII en el cual instituía y aprobaba la congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre. Pio VIII viendo la firma autografiada de aquel santo pontífice mártir de napoleón, la besó, rompió en lagrimas y dijo: “*Eminencia, cuenten toda mi estima que tengo hacia el Canónigo del Búfalo, cada día bendeciré su Instituto, por lo que alzaré el Cáliz de la Sangre de Cristo en la santa misa*”.

Gaspar está con un grupo de co-hermanos cerca del Teatro Domiziano en Roma, cuando el 30 de noviembre de 1830 le anuncian la muerte de Pio VIII, después de solo

veinte meses y medio de pontificado. Se queda tan amargado que se retira en oración. Luego, encendiéndose repentinamente en el rostro, tiembla por entero e iluminado por el Espíritu Santo, profetiza: “*El sucesor de Pio VIII tendrá un largo pontificado y reinará bien, pero después de él bajo otro pontífice, la iglesia sufrirá grandes tribulaciones, con derramamiento de sangre*”. Los tiempos, lamentablemente, le dieron la razón, acerca de las travesías de la Iglesia bajo el segundo sucesor Pio VIII, que fue Pio IX. Quizás no todos estarán de acuerdo acerca del inmediato sucesor, que fue Gregorio XVI. A juicio de muchos historiadores no reinó de modo recomendable, por la excesiva impronta conservadora.